

# “JOVEN, A TI TE DIGO: ¡LEVÁNTATE!”(Lc 7,14)

## ICONOS BÍBLICOS DE LOS JÓVENES

### EN LA VIDA CONSAGRADA

*Ianire Angulo Ordorika*

*Sumario:* El último Sínodo de los obispos ha devuelto a la juventud el protagonismo que no siempre ha tenido en el seno de la Iglesia. Del mismo modo, tampoco se ha prestado demasiada atención a los miembros más jóvenes de los Institutos de Vida Consagrada. Las circunstancias espirituales y existenciales de quienes viven sus primeros años en esta vocación cristiana no siempre se han tenido en demasiada consideración. Este artículo pretende iluminar esta etapa vocacional a través de personajes bíblicos del Nuevo Testamento que son calificados como jóvenes.

*Summary:* The most recent Synod of Bishops has given young people the importance they not always had in the Church. Likewise, the Institutes of Consecrated Life have not always paid due attention to their younger members either. The particular spiritual and existential conditions of those living their first years in this specific Christian way of life have not always been taken into account. This paper seeks to shed light on this vocational phase by means of Biblical characters in the New Testament who are portrayed as young.

*Palabras clave:* vida consagrada, votos temporales, formación, Nuevo Testamento, jóvenes.

*Key words:* consecrated life, temporary vows, formation, New Testament, young people.

Fecha de recepción: 8 de abril de 2019

Fecha de aceptación y versión final: 15 de mayo de 2019

Según la Real Academia de la Lengua *gerontocracia* es el “gobierno o dominio ejercido por los ancianos”<sup>1</sup>. No creo que desvariemos demasiado al plantear que la Iglesia y las comunidades que la configuran son, en su mayoría, gerontocracias. Aun así, el último Sínodo giró en torno a los jóvenes. Un grupo nutrido de obispos y colaboradores se reunieron con la intención de acercarse a las búsquedas, las inquietudes y las dificultades de un sector de la población a la que la Iglesia no siempre presta demasiada atención. Así se afirma en el número siete del documento final:

“Los jóvenes están llamados continuamente a tomar decisiones que orientan su existencia; expresan el deseo de ser escuchados, reconocidos y

---

<sup>1</sup> Cf. <https://dle.rae.es/?id=J9QYL6Q> (última consulta: 8 de abril 2019).

acompañados. Muchos sienten que su voz no es considerada interesante ni útil en el contexto social y eclesial<sup>2</sup>.

Las Congregaciones e Institutos de Vida Consagrada no suelen ser una excepción. En su seno también prevalece la voz de sus miembros más veteranos. A la dificultad que implica la reducción del número de jóvenes que conforman estas instituciones, se le suman las características propias de la formación inicial, bajo cuyo régimen se encuentran muchos de ellos. En las líneas de este artículo pretendemos reconocer personajes bíblicos que iluminen la situación existencial de quienes tienen votos o compromisos temporales en estas Congregaciones. De la mano de algunos jóvenes neotestamentarios, buscamos encontrar claves que capaciten para vivir evangélicamente a quienes viven la etapa de juniorado.

## 1. Juventud en la Escritura... o cómo no ser nadie sin morir en el intento

Obviar la distancia cultural y temporal que nos separa del mundo bíblico es siempre un craso error que conviene evitar. Nuestra sociedad y la Escritura transitan por sendas paralelas en el modo en que se considera a los jóvenes. Con todo, las instituciones de Vida Consagrada mantienen una situación intermedia que convierte en peculiar la forma en que se perciben a sus miembros con menos edad.

### 1.1 Juventud en la Biblia... y juventud en la Vida Consagrada

Dolores Aleixandre ya auguró hace muchos años que El Corte Inglés se estaba perdiendo un gran número de clientes potenciales al no contar con una planta dedicada a la tercera edad<sup>3</sup>. Eso sí, también alertaba de que se trataba de una estrategia de mercado, pues mientras aumentaba el número de clientes potenciales para comprar en ese departamento, muy pocas personas querían ser vistas entre sus compradores. Vivimos en un contexto social en el que nadie quiere ser mayor. La ancianidad se desprecia en favor de una juventud que se busca extender *in aeternum*.

La batalla social contra las canas y las arrugas se ha ampliado a cualquier mella que la edad pueda hacer en la persona. Este pánico generalizado a cumplir años se alía con las circunstancias sociales que han llevado a prolongar en el tiempo la adquisición

<sup>2</sup> Cf. <http://www.synod2018.va/content/synod2018/es/documentos/documento-final-del-sinodo-de-los-obispos-sobre-los-jovenes.html> (última consulta: 8 de abril 2019). Para consultar la reciente Exhortación Apostólica Postsinodal *Christus Vivit*, [http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost\\_exhortations/documents/papa-francesco\\_esortazione-ap\\_20190325\\_christus-vivit.html](http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20190325_christus-vivit.html) (última consulta: 8 de abril 2019).

<sup>3</sup> Así lo expresaba en el discurso que proclamó ante su jubilación en la Universidad Pontificia Comillas. Accesible en internet: <http://www.redescristianas.net/el-valor-de-la-excelencia-dolores-aleixandre/> (última consulta 8 de abril 2019). En estos tiempos sobreabunda la literatura que pretende servir de ayuda para abordar esta etapa final de la vida de modo creyente. Sirvan de ejemplo, D. ALEIXANDRE, *Las puertas de la tarde. Envejecer con esplendor*, Sal Terrae, Santander 2007; J. GARRIDO, *Hacerse mayor y ser cristiano. Sabiduría*, Verbo Divino, Estella 2016.

de compromisos vitales, tales como el matrimonio o la paternidad – maternidad. Así, expresiones como “*los cuarenta son los nuevos treinta*” sirven para ilustrar este retraso generalizado de actividades que eran propias no hace tanto tiempo de una edad anterior a aquella con la que ahora se abordan.

Nadie se libra de esta pandemia, ni siquiera la Vida Consagrada<sup>4</sup>. Las llamadas “CONFER Joven” de las distintas diócesis albergan en su seno a personas a las que ningún banco ofrecería una hipoteca joven. Las reticencias para jubilarse se adornan bajo capa de celo apostólico. Así, abandonar ciertas actividades para rendirse a las más propias de la edad avanzada se interpreta como una traición a la misión pastoral. El descenso de vocaciones hace que escaseen la variedad de edades dentro de las comunidades, de modo que la etiqueta de “joven de la casa” queda en manos de personas bien afincadas en la cincuentena, si no es en una década mayor.

A la dificultad que todo ser humano tiene para acoger la fragilidad que los años hacen patentes, se le unen las peculiaridades de la subcultura que constituye esta vocación en la Iglesia<sup>5</sup>. El voto de castidad y la consecuente falta de descendencia convierten en más compleja la toma de conciencia de la propia edad. No existen hijos o nietos que nos tomen la medida de nuestros años con objetividad y desde fuera. Por otra parte, la tendencia de los consagrados a vivir volcados hacia la actividad convierte en aún más dramático cualquier destello de jubilación laboral. El destino a comunidades asistenciales es interpretado por muchas personas como un “castigo” o una “retirada forzosa”, pues nunca se es lo suficientemente mayor para formar parte de estas. A la hora de aceptar los años y la nueva situación existencial que viene con ellos, no ayuda tampoco el modo en que se aplaude institucionalmente el empeño por llevar adelante tareas que no son propias de la edad.

Quien suscribe tiene serias dudas de que en los Institutos de Vida Consagrada estemos invirtiendo el tiempo y el esfuerzo necesario para vivenciar de modo creyente la etapa final de nuestra existencia. Con frecuencia, y a pesar de haber vivido años entregando la vida con pasión en la tarea pastoral, nos resistimos con uñas y dientes cuando lo que se nos pide es ofrecerla del modo más habitual, que no es otro que aquel que marca la naturaleza. Lo normal es que nos resulte mucho más fácil hacer que dejar hacer, decidir que consentir con aquello que nos viene dado. Se requiere mucha sabiduría humana y creyente para vivir la ancianidad desde la confianza de estar en las Buenas Manos de Dios, desde la esperanza de saber que la muerte no tiene la última palabra y desde el amor que da sentido al sufrimiento y lo convierte en fructuoso. Ojalá esta sea la experiencia de quienes aún no estamos en ese momento vital y ahora solo lo oteamos desde la distancia.

---

<sup>4</sup> Aunque pueda parecer una broma dada la media de edad habitual en los Institutos de Vida Consagrada, el responsable de una casa de espiritualidad confesaba que los únicos Ejercicios Espirituales en los que siempre tenían plazas libres eran aquellos dirigidos a personas de la tercera edad. Como esos clientes ficticios de El Corte Inglés que imaginaba Dolores Aleixandre, tampoco los ejercitantes querían verse rezando entre personas curtidas en años.

<sup>5</sup> Con el término “subcultura” me refiero a una cultura minoritaria, no inferior. Llamamos *cultura* a “aquella parte o dimensión de la experiencia acumulada de un grupo humano que se origina en su interacción creativa con el entorno vital y es compartida por todos sus miembros”. Se trata de la definición de Berger y Luckmann citada y considerada por Esher Miquel en, E. MIQUEL PERICÁS, *Jesús y los espíritus. Aproximación antropológica a la práctica exorcista de Jesús* (BEBm 13), Ediciones Sígueme, Salamanca 2009, 29-33.

En cambio, esta mentalidad en la que estamos insertos es todo lo contrario a lo que rezuman los textos bíblicos. El contexto cultural donde nace la experiencia creyente de Israel y la Escritura valora a las personas mayores del mismo modo que aún hoy se hace en otras coordenadas geográficas<sup>6</sup>. Para el mundo de la Biblia la ancianidad es sinónimo de sabiduría. Sirvan de ejemplo estas afirmaciones:

“¿No es cosa de ancianos la sabiduría, la perspicacia asunto de viejos?” (Job 12,12).

“Las canas son corona de gloria que se obtiene en el camino de la justicia” (Prov 16,31).

Tal y como evidencian estos versículos, los años se perciben como el camino que hay que recorrer para alcanzar la sabiduría. En la Escritura la sabiduría no se corresponde con la adquisición de conocimientos, sino que es el arte de saborear la existencia, de acertar con lo esencial y dirigirse según el sueño que Dios tiene para cada uno. Las canas y arrugas no son, por tanto, algo a esconder o evitar, sino la prueba más evidente de que se ha hecho experiencia tanto de la vida como de Dios en ella.

Detrás de esta percepción de la ancianidad se esconde la certeza de que conocer los entresijos de la realidad y saborear Quién es ese Dios que nos salva y nos convierte en su propiedad personal es cuestión de tiempo. No se niega la posibilidad divina de saltarse los procesos y los ritmos naturales, pues Él puede mostrar su infinita sabiduría a cualquiera, pero la vivencia creyente de Israel es que el Señor suele respetar hasta el extremo los tiempos humanos. La experiencia adquirida a lo largo de los años suele ser lo que va enseñando al ser humano Quién es Él y quiénes somos nosotros respecto a Él.

Desde estas claves culturales y religiosas, ser joven en la Biblia es carecer de la autoridad moral que otorgan los años. Por eso, cuando no se tiene la edad suficiente para ser reconocido socialmente como alguien con una palabra válida y autorizada, se requiere justificar la osadía de hablar en público. Para ello se afirma que está sostenida sobre una peculiar acción de Dios que capacita para ello. Así lo hace Elihú en el libro de Job:

“Soy un hombre joven, vosotros, ancianos; por eso evité, intimidado, decir todo lo que sé. Pensaba: “Que hable la edad, que enseñen sabiduría los ancianos”. Pero hay un espíritu en el hombre, el soplo de Shaddai, que lo hace inteligente” (Job 32,6b-8).

Lo mismo sucede con Jeremías en su vocación. Los relatos vocacionales, más que testimonios creyentes por parte de los profetas, son, en realidad, el recurso con el que se pretende legitimar el actuar profético frente a los demás<sup>7</sup>. La pega principal que Jeremías alega en contra de aceptar la llamada divina resulta ser precisamente su juventud.

<sup>6</sup> Entre comunidades de África o Asia, la valoración social que tienen los ancianos es muy semejante a la que se descubre en la Biblia.

<sup>7</sup> Según parece el origen de los relatos vocacionales se encuentra en contextos conflictivos. Cf. P. BOVATI, “*Così parla il Signore*”. *Studi sul profetismo biblico*, Edizioni Dehoniane Bologna, Bologna 2008, 81-83.

“Yo respondí: “¡Ah, Señor YHWH! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho”. Pero YHWH me dijo: “No digas que eres un muchacho, pues irás donde yo te envíe y dirás todo lo que te mande” (Jr 1,6-7).

Jeremías recurre a la condición de *muchacho* (נַעַר) para justificar su incapacidad para llevar adelante la misión profética. El término hebreo remite no solo a la corta edad, sino también a la dependencia de alguien y a la falta de autoridad propia<sup>8</sup>. Esto explica que la réplica de YHWH apunte a que será Él quien le envíe para ir y decir su Palabra. Es el Señor el que le concede el peso social del que está privado por edad. De este modo se expresa una verdad esencial del profetismo: lo que otorga autoridad al profeta ante el pueblo es el hecho de que sus palabras no sean suyas sino de Dios (cf. Dt 18,18-20)<sup>9</sup>. Una vez más se confirma así que es una especial asistencia del Señor lo que justifica que alguien de poca edad pueda dirigir una palabra autorizada al pueblo.

La ancianidad en la Biblia es motivo de respeto porque se supone una palabra de peso existencial. Aunque en la práctica sepamos que no siempre la vejez y la sabiduría caminan de la mano, lo más normal es que, junto a la experiencia que otorgan los años, se vaya adquiriendo también una mirada más honda a la existencia. Paradójicamente, en la Vida Consagrada mientras, por un lado, se nos contagia el empeño de nuestra sociedad por no traspasar nunca la barrera de la tercera edad, por otro resulta difícil que se reconozca una palabra autorizada a sus miembros más jóvenes. En estas instituciones, junto al empeño por demorar la jubilación al máximo también se dificulta el paso a las nuevas generaciones para asumir ciertas responsabilidades.

Todo esto sucede mientras, por motivos sociológicos, quienes se encuentran en la etapa de formación inicial en las Congregaciones tienen más edad de la que se tenía hace unas décadas al ingresar en la Vida consagrada. No es extraño que se produzca cierto “cortocircuito” interior entre la experiencia de autonomía y de “mayoría de edad” que se ha vivido antes de incorporarse en un Instituto y el modo en que se viven comunitariamente como “menores de edad”. Quizá en demasiadas ocasiones nos tenemos que decir dentro de esta vocación las mismas palabras con las que el Papa Francisco clausuraba la última Jornada Mundial de la Juventud<sup>10</sup>. Hemos de decirnos a modo de paráfrasis: “Vosotros, religiosos y religiosas de votos temporales, no sois el futuro, sois el ahora de Dios de nuestras Congregaciones”.

Algunos personajes que el Nuevo Testamento (NT) califica como *jóvenes* pueden iluminar este momento vital al que se ven abocados quienes, encontrándose en etapas de formación inicial, viven como “jóvenes” en nuestros Institutos sin que necesariamente esa juventud corresponda a su edad cronológica.

<sup>8</sup> Para esta referencia a la juventud de Jeremías, P. BOVATI, *o.c.*, 60-62. Sobre el término hebreo, H.F. FUSH, “r[;n”, en G.J. BOTTERWECK – H. RINGGREN – H.J. FABRY (ed.), *Theologisches Wörterbuch zum Alten Testament*, vol. V, Kohlhammer, Stuttgart 1986, 507-518.

<sup>9</sup> Sobre la relevancia de esta legislación deuteronomica para comprender el profetismo de Israel, F. GARCÍA LÓPEZ, “Un profeta como Moisés. Estudio crítico de Dt 18,9-22”, en N. FERNÁNDEZ MARCOS – J. TREBOLLE BARRENA – J. FERNÁNDEZ VALLINA (ed.), *Símpoio Bíblico Español (Salamanca 1982)*, Universidad Complutense, Madrid 1984, 289-308; P. BOVATI, *o.c.*, 17-35.

<sup>10</sup> Cf. [http://w2.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2019/documents/papa-francesco\\_20190127\\_omelia-gmg-panama.html](http://w2.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2019/documents/papa-francesco_20190127_omelia-gmg-panama.html) (última consulta: 8 abril 2019).

### 1.2 Rastreado la juventud en el Nuevo Testamento: νεανίσκος – παιδάριον

En nuestro imaginario colectivo hay una serie de personajes bíblicos que consideramos jóvenes de manera casi natural. Es lo que nos sucede con frecuencia ante Juan, Samuel o la misma María. Pero estos, ni son descritos siempre de modo explícito como jóvenes, ni los testimonios bíblicos se restringen a ese momento de sus vidas. Aunque Samuel es llamado cuando es joven y “aún no conocía a YHWH” (cf. 1Sam 3,7), la Escritura nos seguirá hablando de él en otros momentos de su existencia. Sirva este ejemplo para explicar el motivo por el que hemos preferido rastrear términos griegos que explicitan la juventud y quedarnos con aquellos actores bíblicos que solo se hacen presentes en esta etapa vital.

Nuestra opción a la hora de determinar qué iconos bíblicos vamos a presentar en este artículo ha sido indagar a quiénes se les aplican ciertos términos griegos que aluden a la juventud de manera explícita en el NT. Algunos de los sustantivos con los que se denomina a las personas con menos edad son παιδίον, κοράσιον o παρθένος. Con todo, nos hemos decantado por prestar atención a dos sustantivos que, aunque siempre aparecen en masculino, apuntan a unos personajes que nos pueden servir como iconos evangélicos para hablar de la juventud en esta vocación cristiana específica: νεανίσκος y παιδάριον.

El primer vocablo, νεανίσκος, aparece en una ocasión en Mateo y en Lucas y dos en Marcos, mientras que παιδάριον solo se utiliza en Juan en todo el NT. Así, seguir la ruta que nos ofrecen estos dos sustantivos griegos nos permite, además, hacer una cata en cada uno de los evangelios para saborear las invitaciones que cada uno de ellos nos ofrece. Estos pasajes nos permitirán ilustrar la condición de “jóvenes”, por momento formativo y no tanto por edad, en los Institutos de Vida Consagrada.

### 2. “¿Qué más me falta?” (Mt 19,20): Buscando lo importante

En los tres sinópticos se nos presenta a este personaje cuestionándole a Jesús por aquello que le falta. Con todo, y a pesar de que le denominemos siempre “el joven rico”, solo Mateo lo califica así. Ni Marcos ni Lucas hacen ninguna referencia a su juventud.

“En esto se le acercó uno y le dijo: “Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para conseguir vida eterna?” Él le dijo: “¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? Uno solo es el Bueno. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos” “¿Cuáles?” – le dice él. Y Jesús dijo: “No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Le dice el joven (νεανίσκος): “Todo esto lo he guardado; ¿qué más me falta?” Jesús le dijo: “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego sígueme”. Al oír estas palabras, el joven (νεανίσκος) se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes” (Mt 19,16-22).

Como vemos, en dos ocasiones el evangelista habla del protagonista como *joven* (νεανίσκος). El pasaje es conocido, pero no siempre resaltamos lo más relevante e iluminador para los jóvenes consagrados.

### 2.1 Una actitud básica: en búsqueda

Lo más normal es que nos quedemos con el final de la historia, con la reacción del joven ante la propuesta de Jesús. En realidad, esto muestra la habitual tendencia a que cualquier aspecto negativo de una persona sea capaz de oscurecer todas o muchas de sus virtudes. Aunque estas sean muchas y brillantes, un vicio o un pecado hacen que volquemos sobre todas ellas un halo de sombra. No es raro que seamos nosotros mismos lo peores jueces sobre nuestras propias causas, lo que explica que recordemos con mucha más vehemencia un error que decenas de aciertos o una decisión fallida frente a otras muchas acertadas. Esta predisposición se convierte también en el prisma desde el que recordamos a este personaje anónimo, al que hemos convertido en el paradigma de la negativa a la voluntad divina.

Con todo, igual conviene reivindicar a este joven. Su respuesta al final del relato no debería ocultar una actitud existencial importante de la que hace alarde en el texto bíblico y que se convierte en motor que le impulsa. Estamos ante alguien con inquietud, que vive en actitud de búsqueda, que no se queda conforme con lo que tiene, sino que ansía más. Él rompe las barreras sociales y se lanza a preguntar al Maestro. Una persona inquieta que no se queda satisfecha con lo alcanzado, lo sabido ni lo que ha vivido hasta entonces.

Sabemos el motivo de su negativa a la invitación de Jesús. El peso de sus bienes se convierte en asfixiante y le incapacita para caminar con agilidad tras las huellas del Galileo. Pero, del mismo modo, también conocemos cómo se aleja de ahí. Su marcha está teñida por la tristeza. A veces no se es tan consciente como este personaje de las ataduras que incapacitan para avanzar. Nombrar con honestidad los “pesos” que no permiten caminar es un gesto de autenticidad que capacita a quien lo hace para dar los siguientes pasos. Liberarse de lo que asfixia vitalmente solo es posible cuando se tiene ubicado.

No solo quienes se encuentran en formación inicial en la Vida Consagrada, sino todos sus miembros podemos aprender de este joven anónimo a reconocer todo aquello que nos ata “por dentro”. Se trata de ataduras internas porque, por muy negativas y difíciles que sean las circunstancias en las que nos veamos imbuidos, aquello que realmente nos limita es nuestro modo de situarnos ante ellas. Resulta fundamental evitar tirar “balones fuera”, buscando culpables que nos declaren inocentes a nosotros, y nombrar las heridas personales en las que meten el dedo bien la situación o bien quienes nos rodean. Esta es tarea siempre pendiente para todos, pero se convierte en urgente para quienes dan sus primeros pasos en esta vocación.

Este joven nos impulsa a buscar, a mantener siempre viva la inquietud y el deseo de ser más fiel a la llamada, de preguntar y de acoger respuestas, aunque estas nos descloquen, nos inquieten o nos rompan los propios esquemas. Tal actitud tendría que

ser cuidada, alentada y mantenida por quienes comienzan su andadura en la Vida Consagrada, pero constituye un reto permanente para cualquiera que intente seguir a Jesús.

Constatar las propias ataduras, que mantienen las alas plegadas e incapacitan para alzar el vuelo, y no dar un sí a la primera como hace este personaje bíblico ¿es suficiente para acallar el potencial que supone una actitud de búsqueda como la suya? Creemos que no, por eso nos aventuramos a imaginar un final distinto para este joven.

## 2.2 ¿Y si imaginamos un final abierto?

Solemos dar por zanjada la historia del joven rico, como si ese “no” a la propuesta de Jesús hubiera concluido de modo definitivo su relación con el Maestro. En el relato evangélico no se vuelve a hacer referencia a él, pero esto no implica necesariamente que su vida quedara determinada por ese miedo que le paralizó una vez y le impidió lanzarse a acoger la invitación del Galileo.

Fue el filósofo Ortega y Gasset quién afirmó que el ser humano es siempre un gerundio y nunca un participio<sup>11</sup>. Somos proceso. Nunca estamos acabados del todo, sino en camino. Ni siquiera las negativas a las llamadas de Dios castran nuestra capacidad de crecimiento, pues no nos definen ni nos terminan. Los “noes” que damos al Señor no le impiden que Él siga soñando nuestra existencia de modos siempre nuevos. Es lo que expresará a través del profeta Jeremías:

“El cacharro que estaba haciendo se estropeó como barro en manos del alfarero, y este volvió a empezar, transformándolo en otro cacharro diferente, como mejor le pareció al alfarero. Entonces me dirigió YHWH la palabra en estos términos: “¿No puedo hacer yo con vosotros, Casa de Israel, lo mismo que este alfarero? –oráculo de YHWH-. Lo mismo que el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, Casa de Israel” (Jr 18,4-6).

Nuestra libertad es muy capaz de obstaculizar el paso de Dios por nuestra existencia. Del mismo modo que el alfarero va adaptando su proyecto a las posibilidades que la materia prima le ofrece, también el Señor abre una ventana cuando nosotros le cerramos la puerta.

La actitud de búsqueda que muestra el joven de este pasaje nos hace sospechar que no se quedaría tranquilo con su negativa y la tristeza que supuso. La inquietud que el mismo Dios introduce en nuestro corazón no se aplaca con facilidad, sino que nos pone siempre en movimiento, incluso cuando este impulso nos dirige hacia lo incierto, lo que nos incomoda o rompe con nuestras expectativas. Por eso, quizá no sea demasiada “ciencia ficción bíblica” pensar que el mismo Jesús le estuviera dedicando una parábola también en el evangelio de Mateo:

<sup>11</sup> “Esto muestra que el modo de ser de la vida ni siquiera como simple existencia es *ser ya*, puesto que lo único que nos es dado y que *hay* cuando hay vida humana es tener que hacérsela, cada cual la suya. La vida es un gerundio y no un participio: un *faciendum* y no un *factum*. La vida es quehacer. La vida, en efecto, da mucho que hacer”. J. ORTEGA Y GASSET, *Obras Completas*, vol. VI, Revista de Occidente, Madrid 1964, 32-33.

“Pero ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Llegándose al primero, le dijo: “Hijo, vete hoy a trabajar en la viña”. Y él respondió: “No quiero”, pero después se arrepintió y fue. Llegándose al segundo, le dijo lo mismo. Y él respondió: “Voy, Señor”, y no fue” (Mt 21,28-30).

Podemos permitirnos soñar que, como el hijo de la parábola, también el joven rico reaccionó tras volver a su casa entristecido. El “no quiero” primero, que brotó del peso de sus riquezas, pudo transformarse en un “voy Señor” posterior. La actitud de búsqueda es capaz de crear estos milagros. Con todo, no podemos apoyarnos solo en nosotros mismos y en ese “motor interno” que es la inquietud del corazón. Necesitamos de personas que, con honestidad, nos confronten y nos ayuden a mantenernos en esa tensión de querer ser cada vez más fieles a nosotros mismos y a lo que Dios sueña para nuestra existencia.

Quien suscribe está profundamente convencida de que no podemos seguir a Jesús sin la ayuda de un buen acompañamiento. Durante el noviciado este aspecto está mucho más cuidado y se convierte en un elemento fundamental de esta etapa de formación que la Institución propone, cuida y protege. No siempre sucede lo mismo tras los primeros votos. En el juniorado lo normal es que exista un o una responsable que la Congregación nombra, pero que no suele tener capacidad material para acompañar el proceso humano y creyente de todas las personas que se encuentran en ese momento formativo. Esto supone que, en la mayoría de los casos, la búsqueda de alguien que acompañe la propia existencia suele depender directamente de la persona afectada y, puesto que esta tarea resulta más complicada de lo que cabría suponer, no es difícil que se claudique y se abandonen a la idea, tentadora pero mentirosa, de que “ya no hace falta”.

Paradójicamente, en la Vida Consagrada se habla mucho del acompañamiento en la misión. Nos sentimos impulsados y urgidos a caminar junto a quienes se pone a nuestro cargo. Pero, por desgracia, no siempre tenemos tan claro que nadie puede emprender esta tarea con otras personas si no está siendo acompañado. Tomarnos en serio la propia vida y buscar quién puede confrontarnos en nuestro camino creyente es una responsabilidad de la que nadie está exento y que, a su vez, se convierte en urgente cuando se trata de los primeros años en esta vocación cristiana.

El joven rico nos anima a alentar la actitud de búsqueda, a no dar por perdido ninguna de nuestras negativas y a confrontarnos con alguien que nos ayude. Veamos a qué nos invita uno de los jóvenes que aparece en el cuarto evangelio.

### **3. “¿Qué es esto para tantos?” (Jn 6,9): Encontrando el propio lugar en la misión**

La multiplicación de los panes es un pasaje que aparece en los cuatro evangelios. Marcos incluso ofrece dos versiones de este milagro (Mc 6,30-44; 8,1-10). Con todo, Juan es el único que presenta este signo mediado por un joven. De hecho, es la única vez en todo el NT que se utiliza el término griego παιδάριον. El texto dice así:

“Le dice uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro: “Aquí hay un muchacho (παιδάριον) que tiene cinco panes de cebada y dos pe-

ces; pero ¿qué es eso para tantos?” Dijo Jesús: “Haced que se recueste la gente”. Había en el lugar mucha hierba. Se recostaron, pues, los hombres en número de unos cinco mil. Tomó entonces Jesús los panes y después de dar gracias, los repartió entre los que estaban recostados y lo mismo los peces, todo lo que quisieron” (Jn 6,8-11).

Veamos qué es lo que este personaje nos puede proponer.

### *3.1 En el anonimato de la muchedumbre y la necesidad...*

Tras las decisiones formativas que toma una institución se hace patente cómo se percibe la propia vocación. En la Vida Consagrada masculina, especialmente la clerical, los primeros años de formación de sus miembros están determinados por los estudios teológicos. A ellos se dedica la mayoría del tiempo y de los esfuerzos. Esto no es, por desgracia, lo más habitual en el caso de los Institutos femeninos. Lo normal es que, después del noviciado, las junioras se vean abocadas a combinar sus estudios con el trabajo en las propias obras y diversas actividades pastorales. No pretendemos en este artículo cuestionar esta práctica, pero sí animarnos a explicitar qué valores y prioridades vocacionales se evidencian en este dato.

Así, uno de los primeros retos, que la mayoría de las religiosas de votos temporales han de abordar al salir del noviciado, es combinar de manera medianamente armónica el conjunto de actividades de las que se les responsabiliza y, además, proteger los tiempos necesarios para seguir arraigándose en el Único que da sentido a esta vocación. En medio de esta situación, no es extraño que suceda como al joven de este pasaje joánico, que se encuentra aturdido entre las necesidades desbordantes de una muchedumbre hambrienta y las fuerzas limitadas de quien tiene poco que ofrecer. Cierto “síndrome del superhéroe”, que provoca sentirse responsable directo de salvar a todo aquel que está cerca, se puede aliar con la constante tentación del activismo que tanto ronda a la Vida Consagrada. Esta mezcla explosiva convierte en muy difícil asumir que solo se cuenta con cinco panes y dos peces.

Poco a poco se va haciendo experiencia de que nuestro ámbito de influencia es mucho más reducido de lo que cabía pensar y, sobre todo, de lo que se desea. Aunque desde un punto de vista teórico se tenga sabido y dominado, no es fácil aceptar que no podemos transformar la realidad, que nuestra acción es muy limitada y que no podemos cambiar a los demás. Con el tiempo, tropezando con la realidad y su dureza, antes o después nos encontraremos con algún fracaso pastoral que será necesario acoger.

En la misión, no solo se hace necesario encajar los envites de la realidad y refrenar la megalomanía del deseo, sino también aprender a integrarse en unas acciones que ya están en marcha. Durante los primeros años de consagración, los juniore se incorporan en unas prácticas pastorales que no son “suyas”, pues resultan heredadas y ya están organizadas. Así, no siempre coinciden las formas ni los criterios que han de asumir a la hora de llevar adelante la tarea evangelizadora con los que ellos elegirían.

A esto se le puede añadir que la inercia tiende a acallar cualquier voz que se alce para cuestionar el modo, los destinatarios o las acciones pastorales en las que participan

y que se llevan tiempo impulsando desde la institución. No es difícil que, ante cualquier propuesta o duda de los miembros más jóvenes de las Congregaciones, estos escuchen preguntas como la que recibió el joven del evangelio y se cuestione aquello que se está dispuesto a ofrecer: “¿Qué es eso para tantos?”, o mejor: “¿crees que eso no está ya pensado? ¿No te das cuenta que esto siempre se ha hecho así?”.

En el tema de la misión se abren varios retos durante las primeras andaduras de Vida Consagrada. El joven de este texto evangélico anima a atreverse, a hacer lo que esté en nuestra mano aun corriendo el riesgo de fracasar. Es posible que realmente los panes y los peces que se tienen en nuestro poder no sirvan para alimentar a tantos. No es difícil que las voces que interrogan tengan razón y que nuestras capacidades resulten insuficientes para dar respuesta a tanta necesidad, pero es lo único que se puede ofrecer por nuestra parte. Aceptar con paz la realidad, con sus límites y sus ambigüedades, no implica limitar nuestro vuelo. Al revés, cuando se acoge nuestra verdad y ponemos en juego cuanto somos y tenemos en favor del Reino, Jesús puede hacer su milagro.

### *3.2...poner lo propio en manos de Jesús*

Encontrar el lugar propio dentro de la pastoral institucional no es algo que resulte automático ni sencillo. No basta con llevar adelante con solvencia la tarea que se pide desde la Congregación. Es necesario descubrir cuál es el ámbito en el que se puede desenvolver nuestra mejor versión dentro de los amplios márgenes que determina el carácter del Instituto. Entre estos límites que marcan la misión y el carisma, existe un espacio suficiente de movimiento en el que cada miembro ha de situarse. Además de estas fronteras que ofrece la institución, la búsqueda de este espacio propio encuadra también entre las necesidades externas y las expectativas personales, entre nuestros deseos y la cruda realidad. Esto supone, en realidad, el complicado aprendizaje existencial de algo que tenemos muy claro a nivel teórico: Lo importante en la pastoral no consiste en hacer, sino en darse.

Aún a riesgo de que parezca una perogrullada, nadie puede dar nada que no se haya tenido previamente. Para darse y entregar la vida, es necesario haberla tomado primero entre las manos. Sin esta condición previa es fácil que, de modo inconsciente y con muy buena intención, nuestras acciones pastorales no sean una búsqueda del bien del otro sino de nosotros mismos. Vivir volcados hacia fuera en la actividad resulta muy tentador y muy plausible de cara a la galería, pues en nuestros contextos se valora mucho el trabajo y el esfuerzo en pro de la misión. Si no nos hacemos muy conscientes de lo que cada uno vive por dentro, resulta sencillo que pretendamos sin saberlo rellenar los huecos de nuestro interior. En nombre del Reino podemos estar mendigando cosas que poco tienen que ver con el amor desinteresado, como recibir valoración, sentirse útiles, justificar la opción vital, creerse necesarios...

La decisión de convertirnos en protagonistas de nuestra existencia y abandonar los papeles secundarios tampoco es algo que nos brote de manera espontánea. Requiere determinación, autenticidad y el esfuerzo por hacerse responsables de cuanto nos acontece, pero es la condición de posibilidad para poder entregar nuestra verdad. Aunque a veces podría parecerlo, los consagrados en misión no somos ni funcionarios, ni “empre-

sas”, ni meros trabajadores de una ONG. Somos llamados a amar y no a “hacer cosas”. Por eso se hace necesario tener bien plantadas las raíces de nuestra existencia en Aquel que nos sostiene y nos nutre por dentro, de manera que no necesitemos hambrear afectos a través de nuestra actividad.

Ya sabemos que Juan prescinde de la narración de la institución de la eucaristía porque esta queda sustituida por el lavatorio, que recoge el sentido profundo del gesto que el Galileo realizará con sus amigos en la última cena. Junto a esta diferencia con respecto a los sinópticos, también introduce un largo discurso del Pan de Vida en el capítulo sexto que comienza, precisamente, con este pasaje de la multiplicación de los panes. El gesto de este joven se convierte en la condición de posibilidad para que la multitud se alimente de un modo más profundo del que parece a simple vista.

Vamos viviendo la misión como somos invitados en la medida en que aprendemos a poner lo que tenemos y somos en manos de Jesús, para lo que primero tenemos que habernos hecho “dueños” de nuestra existencia. Entonces, cuando ofrecemos nuestra verdad y le dejamos al Señor que la tome entre sus manos, Él lo multiplica y nos convierte en eucaristía para otros, tal y como propone el cuarto evangelista.

Solo encontraremos nuestro sitio en la misión en la medida en que Jesús se convierta en el protagonista indiscutible de ella. Nuestra tarea no es otra que convertirnos en mediación de la vida que Él ofrece a quienes nos rodean. Como el joven de este pasaje, que ofrece cuanto tiene y después se pone en un segundo plano, hemos de buscar dar paso y evitar suplantar al Único capaz de nutrir desde dentro a todo ser humano de un modo que desborda con mucho nuestras capacidades y destrezas.

Si esta es la propuesta del *joven* de Juan, veamos a qué nos invitan los personajes del segundo evangelio.

#### 4. “Dejando el lienzo, se escapó desnudo” (Mc 14,52): Re-aprendiendo el seguimiento

Marcos recurre en dos ocasiones al término *νεανίσκος*, y lo hace en dos pasajes que tienen relaciones terminológicas. El motivo que justifica la vinculación entre el misterioso joven que huye desnudo en Getsemaní (Mc 14,50-52) y aquel que aparece sentado en el sepulcro vacío (Mc 16,5-7) es la repetición del término *joven* (*νεανίσκος*) y del verbo *llevar alrededor* (*περιβάλλω*) con el que se describe su modo de estar vestido<sup>12</sup>. Marcos emplea estos dos términos solo en ambos textos. La palabra *lienzo* (*σινδών*), que define la vestimenta de aquel personaje anónimo que huye desnudo en Getsemaní, este evangelista la utiliza en dos ocasiones más para referirse a la sábana con la que Jesús será enterrado (cf. Mc 15,46). Este peculiar uso del vocabulario nos impulsa a conectar los dos pasajes.

<sup>12</sup> A pesar de las similitudes, el modo en que se describen las ropas de ambos es distinto. Si el joven de Getsemaní lleva un *lienzo* (*σινδών*), el del sepulcro vacío está vestido con una *túnica* (*στολή*).

#### 4.1 Cuando la realidad nos “desnuda” y asusta...

No hay nada como unos versículos desconcertantes para despertar la curiosidad entre los biblistas. Esto es lo que sucede con la mención a un joven en Getsemaní.

“Y abandonándole huyeron todos. Un joven (νεανίσκος) le seguía cubierto (περιβύλλω) solo de un lienzo (σινδών); y le detienen. Pero él, dejando el lienzo (σινδών), se escapó desnudo” (Mc 14,50-52)<sup>13</sup>.

Este personaje misterioso que se escapa desnudo ha dado pie a muchas teorías a lo largo de los siglos, desde considerar que se trata del evangelista que se describe a sí mismo, hasta quienes plantean que es el modo en que Marcos anticipa la resurrección de Jesús, presentando al Galileo como alguien que se escabulle de las garras de la muerte. Con todo, lo más probable es que nos encontremos ante la representación gráfica de la huida masiva de los compañeros del Maestro, tal y como se afirma justo antes de referirse al joven<sup>14</sup>.

Este abandono masivo que se produce en Getsemaní es, en realidad, la culminación de un proceso que viven los discípulos a lo largo del evangelio según Marcos. Este evangelista no idealiza en absoluto la relación que el Galileo establece con sus seguidores. Estos van a pasar del ideal y la ilusión, que caracterizan la actividad de Jesús en Galilea (Mc 6,30-44), a un no entenderle que va creciendo y agravándose a medida que se acercan a Jerusalén (Mc 6,51-52; 7,17-18; 8,16-21; 10,32). Cuando en esta ciudad el cerco se cierra en torno al Maestro, aquellos que habían caminado junto a Él desde los orígenes acaban traicionándole, negándole y huyendo hasta dejarle solo (Mc 14,10-11; 50.66-72).

Nos encontramos, en realidad, con algo que narra de manera espléndida una escena de la película francesa “Las inocentes”<sup>15</sup>. Su trama gira en torno al nutrido número de embarazos que se concentran entre las monjas de un convento polaco, causados por las violaciones que sufrieron por parte del ejército soviético tras la segunda guerra mundial. Ante esta situación dramática, el filme presenta las reacciones y luchas internas de las víctimas, ofreciéndonos diferentes miradas hacia la pregunta que despierta siempre el sufrimiento del inocente.

<sup>13</sup> Para estos versículos, además de los comentarios más generales sobre Marcos, H. FLEDDERMANN, “The Flight of a Naked Young Man (Mark 14: 51-52)”: *The Catholic Biblical Quarterly* 41 (1979) 412-418; H.M. JACKSON, “Why the Youth Shed his Cloak and Flew Naked: The Meaning and Purpose of Mark 14:51-52”: *Journal of Biblical Literature* 116 (1997) 273-289; A.E. GARDNER, “Imperfect and Faithful Followers: The Young Man at Gethsemane and the Young Man at the Tomb in the Gospel of Mark”: *Encounter* 71 (2010) 33-43.

<sup>14</sup> Esta es la opinión, por ejemplo de, J. GNILKA, *El Evangelio según San Marcos. Mc 8, 27-16, 20* (BEB 56), vol. II, Ediciones Sígueme, Salamanca 1986, 318-320; R.E. BROWN, *La muerte del Mesías. Desde Getsemani hasta el Sepulcro. Comentario a los relatos de la pasión de los cuatro evangelios*, vol. I, Verbo Divino, Estella 2005, 371-382; J. MARCUS, *El evangelio según Marcos (Mc 8-16)* (BEB 131), vol. II, Ediciones Sígueme, Salamanca 2011, 1150-1152. Lo excepcional es la postura de Mateos y Camacho, que defienden la necesidad de interpretar de manera simbólica la mención del joven que huye desnudo. Cf. J. MATEOS – F. CAMACHO, *El Evangelio de Marcos. Análisis lingüístico y comentario exegético*, vol. III, Ediciones El Almendro, Córdoba 2008, 563-568.

<sup>15</sup> “Les innocentes” (Francia 2016). Dirigida por Anne Fontaine, nominada a cuatro premios César y premiada como mejor película en el Festival Internacional de Valladolid y Jerusalem Film Festival.

Entre los enjundiosos diálogos que entablan dos de sus protagonistas, se encuentra uno que ilustra, de algún modo, lo que le sucede al joven de Getsemaní. La médica atea que les ayudaba con los partos le expresa asombrada a una de las monjas que, a pesar de todo, ninguna de las Hermanas había perdido la fe. Ella le responde que la fe, al principio, es como un niño que va de la mano de su padre y se siente seguro, pero siempre llega un momento, tarde o temprano, en el que te suelta la mano. Le dice que, en esa situación, te sientes perdido y solo, que siempre sorprende por mucho que se sepa y que golpea el corazón. Ante el asombro de la doctora, afirma que esa es su cruz, aquella que está detrás de todo gozo.

Cuando intentamos caminar tras las huellas de Jesús, hay que vivir ese sentirnos sin lugar al que agarrarnos para crecer en la fe. Al principio, también en los primeros años de Vida Consagrada, parece que todo está muy claro. La ilusión del ideal da alas a los pies, como sucedía con los discípulos en Galilea. Es fácil sentirse guiados y “de la mano” del Señor. Pero, antes o después, nos suelta sin que nunca se esté preparado para ello. La realidad, propia y ajena, cuestiona los ideales y aquellos grandes focos que daban luz a toda nuestra senda. Estos se convierten en el frágil destello de una pequeña llama, capaz solo de iluminar el paso siguiente. Las seguridades se reducen a débiles certezas y nos vemos abocados a aprender que la confianza se forja en medio de la oscuridad. Del mismo modo que un niño pequeño tiene que soltarse para avanzar por su propio pie, hemos de acoger que Dios “nos suelte” para avanzar como adultos en la fe.

Saborear y masticar la realidad en toda su crudeza, también con esas miserias que contiene y que habían quedado escondidas bajo los fuegos artificiales de los ideales, nos deja “desnudos”, vulnerables y llenos de miedo, como esos discípulos que estaban junto a Jesús en Getsemaní y le abandonaron, como aquel joven que sale corriendo. Ahondar en la verdad que nosotros mismos somos, en la ambigüedad de la existencia, de nuestras instituciones o de nuestra vocación, pone en jaque aquellos sueños que tuvieron un papel relevante en la juventud, oscurece las luces que el Señor nos regaló en otros momentos, nos sentimos sin lugar al que asirnos y estamos tentados de huir desnudos como el misterioso joven de Marcos. Pero ¿está el discipulado abocado al fracaso? ¿Se puede vivir de otro modo este choque con la cruda realidad? El segundo y último texto en el que Marcos utiliza el término *νεανίσκος* nos abre a la esperanza y nos ofrece la clave para responder a estas preguntas.

#### *4.2...hasta que encontramos al Resucitado en nuestras Galileas*

La segunda ocasión en la que el segundo evangelio recurre al sustantivo griego *joven* (*νεανίσκος*) nos sitúa en contexto de resurrección. El pasaje dice así:

“Y entrando en el sepulcro vieron a un joven (*νεανίσκος*) sentado en el lado derecho, vestido (*περιβάλλω*) con una túnica blanca, y se asustaron. Pero él les dice: “No os asustéis. Buscáis a Jesús de Nazaret, el Crucificado; ha resucitado, no está aquí. Ved el lugar donde le pusieron. Pero id a decir a sus discípulos y a Pedro que irá delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo” (Mc 16,5-7).

El seguimiento a Jesús, como sucede con los discípulos que dibuja Marcos, tiene que resituarse y aprender que caminar tras sus huellas no es fruto del propio empeño y voluntad. Si se pretende seguir al Maestro “por puños”, estamos abocados al fracaso. Solo Dios y su Gracia nos capacitan para mantener la mirada en el horizonte de los ideales, pero con los pies bien plantados en la tierra de la cruda realidad. Solo después de la experiencia de la Resurrección se puede iniciar el camino desde Galilea tras el Señor de un modo totalmente nuevo. El encuentro con el Resucitado, que se escapa de nuestras lógicas y cálculos, permite saborear la vida nueva que brota de las situaciones de cruz y confiar en Aquel cuyo amor es más fuerte que la muerte.

Si para este evangelista era un joven la encarnación del pavor en Getsemaní, ahora es otro que, revestido con una túnica del color simbólico de la vida, anima a otros a no tener miedo. Las mujeres, que van al sepulcro la mañana del domingo en busca de un cadáver, se encuentran con alguien que les incita a no temer. La mentalidad bíblica no concibe la increencia. Para ella lo contrario a la fe no es otra cosa que dejarse llevar por el miedo, porque confiar que nuestra existencia está en las Buenas Manos de Dios resulta contradictorio con darle al temor el espacio suficiente como para que condicione nuestras decisiones. La exhortación de este personaje a no temer es, por tanto, la invitación a confiar más allá de la ambigüedad de la realidad. Tras el oscuro dato de un sepulcro vacío se encuentra el signo de la resurrección para quien mira desde la fe.

Las palabras del joven marcano apuntan hacia Galilea para ver al Resucitado. Ese es el lugar donde se había iniciado la aventura del seguimiento, pero es también el espacio de la vida ordinaria. Ahí habían sido llamados los discípulos mientras estaban embarrados en las tareas cotidianas, y ahí han de regresar quienes quieran reconocer al Señor caminando a su lado “todos los días de nuestra vida” (Mt 28,20).

Cuando el horizonte se oscurece y no se tienen las cosas claras es el momento propicio para acoger el regalo de seguir a Jesús desde la impotencia y la vulnerabilidad. Es en la debilidad cuando se aprende a crecer en confianza y nos disponemos por dentro a recibir el don de encontrarnos con Él de un modo nuevo: Resucitado y caminando junto a nosotros en nuestras “Galileas” cotidianas. Entonces podremos, como el joven de este texto, alentar a los hermanos a que no se dejen llevar por el miedo y emprendan el mismo viaje a Galilea, de modo que lo busquen en medio de esa misma ambigua realidad que pudo habernos hecho “huir desnudos”.

Volvamos ahora la mirada al último de los evangelios canónicos. Lucas también nos habla de un joven, pero, esta vez, difunto.

### 5. “Joven, a ti te digo: ¡Levántate!” (Lc 7,14): Con el empeño de vivir en pie

El tercer evangelista emplea el sustantivo *joven* (νεανίσκος) en una única ocasión. Se trata de un relato situado en la ciudad de Naín.

“Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda; la acompañaba mucha gente de la ciudad. Al verla, el Señor tuvo compasión (σπλαγχνίζομαι) de ella y le dijo: “No llores”. Y, acercándose, tocó el féretro. Los que lo llevaban se pararon, y él dijo: “Joven (νεανίσκος), a ti te digo: ¡Levántate!” El muerto

se incorporó y se puso a hablar, y él se lo dio a su madre” (Lc 7,12-15).

### *5.1 Muchos modos de estar muertos en vida...*

Si la muerte de un joven resulta siempre dramática, lo es aún más cuando se trata del hijo único de una viuda. En la cultura patriarcal donde arraiga la Escritura, la mujer tenía identidad solo en función del varón al que “pertenecía”. Así, pasaban de depender del padre a hacerlo del marido y, en caso de viudez, del hijo mayor de edad. De estos varones dependía la manutención de las mujeres que estaban bajo su cargo, lo que explica que las viudas formaran parte de la tríada de personas vulnerables que YHWH protege de modo especial (Dt 10,171-8). Según la legislación veterotestamentaria los huérfanos, viudas y extranjeros son los grupos sociales con los que se ha de ser especialmente cuidadosos, pues carecen de protección familiar (Cf. Dt 24,19).

Desde estas claves culturales, la subsistencia de la viuda de Naín pendía exclusivamente del hijo con cuyo cortejo fúnebre tropieza Jesús. Los escasos jóvenes que entran en la Vida Consagrada se asemejan a este descendiente único de una viuda. Las Congregaciones no se caracterizan actualmente por ser “familias numerosas” y no es difícil que estas instituciones vuelquen sus expectativas de continuidad sobre estos miembros más jóvenes.

Alguien podría decir que hay una diferencia notable entre el joven que presenta Lucas y quienes se encuentran en los primeros años en esta vocación dentro de la Iglesia, por el simple hecho de que el primero está muerto. Pero quizá este dato no resulte tan determinante. Nadie está inmune de que se le pueda lanzar la misma denuncia que a la iglesia de Sardes en el Apocalipsis:

“Al ángel de la iglesia de Sardes escribe: Esto dice el que tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas. Conozco tu conducta; tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto. Ponte en vela, reanima lo que te queda y está a punto de morir. Pues no he encontrado tus obras llenas a los ojos de mi Dios” (Ap 3,1-2).

Tal y como se afirma en este texto, se puede tener apariencia de vida sin que sea así. En toda vocación, también en la Vida Consagrada, existen diversos modos de permanecer en esta situación de “muertos en vida”: aplastados por las estructuras institucionales y su rigidez, malviviendo al hacerse un hueco vital que no descoloque mucho, escondidos detrás del rol que se representa y sin dejar que la propia verdad salga a la luz, huyendo de nosotros mismos y de Dios bajo la bandera de la misión, sobreviviendo sin cuestionarnos nada...

Somos llamados a desarrollarnos en plenitud como personas y cristianos. En creyente, la vocación específica es el modo concreto en que se logra esa “mejor versión” que Dios anhela para cada uno. A pesar de eso, no son pocos los que se repliegan y se conforman con sobrevivir. Vivir o solo aparentarlo no es una opción que ataña en exclusiva a la persona afectada, pues hay muchos que, como la madre del pasaje lucano, se lamentan por quienes arrastran la existencia y no se mantienen erguidos mirándola

a los ojos. Como la viuda, hay otros que, quizá sin saberlo, resultan perjudicados por quienes no dejan que el Señor y su sueño les impulsen a mirar de frente y con pasión a la vida. Si creemos en la comunión de los santos y tenemos la certeza creyente de que nos sostenemos y beneficiamos de la santidad de unos y otros, también deberíamos intuir una especie de “comunión de mediocridad”. Por ella las formas mezquinas de vivenciar la vocación de cada uno afectarían a los demás.

Como la madre del texto de Lucas, también las Congregaciones pierden mucho cada vez que uno de sus miembros no camina erguido sino tirando de la vida y de la vocación. Su llanto se agudiza cuando son los consagrados más jóvenes quienes se sitúan así, y no porque sean “remplazos”, sino porque son la savia que nutre por dentro los Institutos, el “ahora de Dios” de las instituciones. Es verdad que a veces hay mucho de lamento interesado de viuda que necesita de ese hijo para sobrevivir, pero es también el llanto que nace del amor incondicional de una madre que se interesa por que seamos mujeres y varones “hechos y derechos”, dignos y en pie.

Nunca es mal momento para tomarse el pulso y reconocer cuánta vida corre por nuestras venas o cuanta “muerte en vida” escondemos tras el arrastrar la existencia.

### 5.2...hasta que escuchamos la voz de Jesús

La reacción que le brota al Galileo ante la escena que dibuja Lucas es *tener compasión* (σπλαγχνίζομαι). Excepto en alguna parábola (Mt 18,27; Lc 10,33; 15,20), este verbo aparece en el NT teniendo como sujeto siempre a Jesús<sup>16</sup>. Tal y como evidencia el término griego del que deriva, la sede de la compasión y la misericordia se encuentra en las *entrañas* (σπλάγγων). Estas se conmueven ante el dolor de los demás, lo que tiene ciertas connotaciones maternas. Así, al dolerse por la situación, el Maestro se perfila como “madre” de la viuda y de su difunto hijo<sup>17</sup>. Él, que no sueña en pie, no puede evitar compadecerse aún más que nuestras Congregaciones ante sus miembros muertos en vida. Estamos llamados a afinar el oído para escuchar ese susurro que nos levanta de nuestras postraciones y nos lanza a erguirnos sobre nuestros pies para avanzar por la existencia con paso firme.

Permanecer en pie implica liberarse de todo lo que nos impide respirar a pleno pulmón, decidarnos a ser protagonistas de nuestra existencia, renunciar a depender de expectativas ajenas, comprometernos con nuestra verdad, aprender a aceptarnos y a mostrarnos frágiles y vulnerables... Pero todo esto solo es posible si acogemos en el corazón la voz de Jesús, que nos alza para vivirlo a su modo y no al nuestro.

Se trata, en realidad, de recuperar las resonancias que tiene la acción de *escuchar* en la mentalidad bíblica. De hecho, este verbo hebreo significa también *obedecer* ([mv]). Así se expresa la certeza de que acoger en el corazón la Palabra de Dios implica necesariamente actuar conforme a ella y encarnar su voluntad con nuestra existencia. Él nos

<sup>16</sup> Sobre el uso de este verbo en el NT, E. ESTÉVEZ, “Significado de σπλαγχνίζομαι en el NT”: *Estudios Bíblicos* 48 (1990) 511-541.

<sup>17</sup> En torno a la misericordia y sus connotaciones maternas en relación a la Vida Consagrada, I. ANGULO ORDORIKA, “Consagrados por la misericordia. Maternales, reconciliados y extraordinariamente normales”: *Proyección* 261 (2016) 173-191.

invita insistentemente a levantarnos. Al escuchar una vez más ese sueño divino dirigido al núcleo de nuestra vida, “*a ti te lo digo*”, nos eleva de nuestra postración y nos resucita.

Mantenerse en situación de “muertos vivos” está causado por no afinar suficientemente el oído del corazón para acoger esa constante llamada de Jesús: “¡levántate!”. Esta voz nos llega con frecuencia a través de mediaciones, de modo que distintas personas o circunstancias nos remueven por dentro, cuestionando el suelo sobre el que se arrastra la existencia y haciéndonos reaccionar. Ojalá ningún cristiano, pero especialmente quienes viven sus primeros años de consagración religiosa, deje nunca de escuchar esta invitación a vivir en pie. Entonces sí podrán “ser devueltos” al mundo y a sus Congregaciones, dispuestos a aportar y a ofrecer su mejor versión para enriquecimiento de toda la humanidad.

### **6. A modo de conclusión: “No temas, yo estoy contigo” (Is 41,10)**

La senda que nos abren estos jóvenes presentes en el NT no resulta sencilla ni cómoda. Esos personajes nos muestran un camino en el que no existen recetas preestablecidas. Para recorrerlo se hace necesario convertirse en los únicos protagonistas de este viaje, por más que se vaya acompañado y se dejen confrontar por otros, aunque esto escueza o incomode. En este viaje no existen mapas trazados, pero es la actitud de búsqueda la que impulsa a mantenerse caminando más allá del cansancio. De modo especial quienes viven sus primeros años en la Vida Consagrada están urgidos a situarse de manera personal en la misión institucional, a seguir al Maestro en la oscuridad de lo cotidiano y a lidiar con la siempre tentadora opción de sobrevolar la existencia o hacerse un cálido hueco vital en el que protegerse y sobrevivir.

Ante el reto que nos lanzan estos personajes bíblicos todos nos sentimos bastante desbordados. Se trata de la misma de la misma sensación que atraviesa cualquier relato vocacional en la Escritura. La reacción del llamado suele ser de turbación e inquietud, de ahí que broten las dificultades ante el Dios que llama (cf. Jr 1,5-6). Lo habitual es que la respuesta de YHWH sea la denominada “fórmula de asistencia” (cf. Jr 1,8). Ante las trabas por la misión encomendada, la promesa divina no es que todo vaya a ir bien, sino que Él caminará a su lado a pesar de todo.

Del mismo modo, también a nosotros se nos recuerda constantemente que, pase lo que nos pase, nos sucede con Él, en Su Presencia. Solo la confianza de sabernos en Buenas Manos puede despejar los nubarrones del miedo que despierta la aventura de la vocación hacia la que se nos lanza... y “si Dios está por nosotros ¿quién contra nosotros?” (Rom 8,31).